

Paul Celan

Ives Bonnefoy

*Habla,
Pero no separes el no del sí.
Paul Celan*

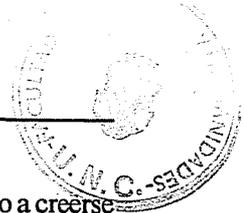
Creo que Paul Celan eligió morir como lo hizo para que al menos una vez en su vida, contradictoriamente requerida por la poesía y el exilio -contradictoriamente, pues la poesía más desolada conserva la nostalgia de la celebración imposible y la necesidad de al menos algunos seres queridos-, las palabras y lo que es confluyeran. De ningún poeta, y entendiendo con esto que escribir no es su propia finalidad, se puede decir tanto como de él, en efecto: sus palabras no abarcaban su experiencia. Por un lado no se parecían al color del cielo, a los rostros, a ciertas voces amadas durante su infancia, o en todo caso se prestaban mal a la expresión de estos sentidos, con connotaciones extrañas: la lengua en la que escribía y la literatura que atravesó fueron suyas accidentalmente. Y de otro modo, a la vez más interior al espíritu y cruelmente inmediato, esas palabras podían menos aún expresar el horror que él había vivido, en los límites, donde era necesario que permaneciera. Disponibles pero sin suficiente eficacia, cerradas aunque inmanentes, engañosas en el instante de hacer la anotación más escrupulosa, Paul Celan sin duda las forzaba, por la violencia de su escritura cada vez más tensa, elíptica, breve, pero en el óvalo de la palabra -en la aureola que había sondeado, luego de haber visto un fresco casi desdibujado en el que Dios faltaba de su trono-, la presencia del hombre en sí-mismo, lo que podría llamarse el Verbo, era a los ojos de su corazón, claramente inacabable. Y la escritura, este poeta que la hubiera querido fundamento, la experimentaba como un esparcimiento sin origen ni fin, como una deriva que borra hasta la idea, en la cual se origina, de la costa. No, nada *real* podía responder auténticamente a

ese flujo, valer allí, en lo absoluto, como referente: nada salvo justamente el río que por la noche, en su gran silencio mancillado, parece recogerse sobre sí mismo (perdiéndose) como el único significado a la medida de tanta ausencia. Límite del poema, en el silencio que está más allá de los objetos renunciados, de los pensamientos deshechos, pero que sin embargo establece, así asumido y contra toda idea de renunciamiento, que no es verdad, como hoy se dice, que no habría allí un referente inatacable, último, para el fundamento de nuestros signos. Incluso cuando la palabra, desmembrada como pudo serlo para Paul Celan, no es más que la lucidez oscura y violenta que todo lo dispersa y lo disipa, salvo el eco de su vacuidad, el río, a condición de que un acto como esta muerte lo extienda aún, lo aproxime a todo lugar de vida intentada, a todo pensamiento que se busca, a toda esperanza, a todo recuerdo. El río, en tanto que vacío real, puede elevarse al poder de una respuesta y, nombrado en el suspenso de la última palabra, llevar realidad en este decir carente de todo resguardo. Y al abdicar, pues está obligada a hacerlo, la poesía sin embargo ha indicado e incluso realizado su función. Así como Rimbaud dejó de escribir no por despecho o indiferencia sino para aún significar a través de un signo (*ese punto final*) desde al mismo tiempo designaba el vacío de los otros y aportaba, permaneciendo signo, la *realidad rugosa*, asimismo Paul Celan ha muerto, continuando su poema, para encontrar finalmente para él lo que todo poema desea: la unión de la frase extensa con un poco del ser que ella no es. Una desesperanza si se quiere: con relación a toda razón finita -interior a las frases- de esperar. Pero que no funcionó sin preservar y en definitiva realizar, en lo negativo, una vez abandonada la preocupación por las posesiones exteriores, la esperanza en sí, la esperanza que es la verdadera vida.

Pero dicho esto, sigue siendo esencial, y conforme a las virtualidades de esta obra -al signo de esta muerte-, volver sobre lo que aún no he hecho más que evocar, el querer de la poesía: y afirmar claramente, una vez más en la historia, incluso si ésta va a terminar, que esta conciencia por cierto exigente, crispada, a la que llamamos poética, sólo llega a sus formas límites de encarnación, a sus participaciones negativas, contra todo su ser, contra su carne y su sangre: puesto que es por vocación la búsqueda simultánea del lugar y de la fórmula, dicho de otro modo, la búsqueda de un sentido que penetre y lo asuma todo. Algunas

obras de nuestro tiempo, sonámbulas más que trágicas, tal vez han oscurecido ese papel. Actualmente se hace justicia con facilidad, y con razón, así lo espero, a la fe ingenua, esta ilusión de una objetividad del sentido y de la trascendencia del yo que el anuncio de Nietzsche tiende a destruir. Pero cuidado, pues lo que finalizó con Nietzsche y la crítica moderna es más una modalidad del acercamiento que el lugar de experiencia abierto por ella. Concibamos que la palabra y el sentido son posibles precisamente porque no podemos seguir ignorando que el río que les responde a través de las lenguas más felices es aún más ancho, más profundo, y en un sentido también más vacío, que aquél que, bajo el muelle nocturno, encuentra la miseria del hombre privado de palabras. Tengamos para cada vocablo una significación constante y benéfica, para cada gesto una virtualidad de armonía, para cada pregunta en nosotros la respuesta confiada de otros seres -pasará siempre un río a través de esto, lo llevará, lo perderá. Pues las estructuras que arrojamos sobre lo que se dice que es el universo no son, es verdad, más que una nebulosa, nuestra lengua. La plenitud mejor vivida no es, en relación al vacío, más que una cobertura que la desdicha siente bajo sus dedos desgarrados. Pero justamente por esto la práctica de lo que *es*, si se lleva a cabo de un modo abierto, atenta al ruido continuo, regular, de las aguas subterráneas y de todas partes, no es el estancamiento de la ilusión sino la pregunta más globalizante y en consecuencia la más lúcida que la poesía pueda, aún hoy, plantear al silencio. Contra las retóricas de nuestro tiempo, que es el recurso de los espíritus que sienten desprecio o miedo por el cielo vacío, es necesario recordar -es el primer paso- esta voluntad de experimentar, de unir, de comprender tanto el goce del instante como la amenaza de la hora, de existir tanto como hablar, que es buscar, de hecho, conocer, para alcanzar el fondo. La función de la poesía, dije, es la de celebrar. Esto significa: consagrarse al lugar, al instante, incluso si éstos no son nada, pues en su fondo está el todo, que aún no es nada, que es la nada, pero que, ¿cómo decirlo?, tiene arrebatos musicales desde el momento en que se lo ha aceptado. En el corazón de lo vivido y de lo recogido, siempre el río, pero esta vez, o más bien finalmente, todo de claridad y de transparencia. Para no ser nada, lo que podemos hacer entre las cosas del mundo, una vez abierto el libro de la vida, no posee menos una realidad en potencia que la de una frase más allá del vacío de las palabras.

Para hablar así del universo es necesario haber nacido allí donde el libro - lo que cierta tradición ya sabía- no haya sido desgarrado. Todavía escucho a Paul Celan diciéndome -era en mi casa, una tarde en la que nos habíamos puesto a hablar de la pintura y la arquitectura romanas-: *ustedes* (se refería a los poetas franceses, occidentales) *están en su casa, en su lengua, sus referencias, sus libros, las obras que aman. Yo estoy afuera...* -Paul Celan deseaba, legítimamente, lo sé, la felicidad, que no es la remisión de las desgracias, ni el suspenso de lo trágico sino la luz, en su horizonte, de un sentido compartido quizá sólo una vez pero plenamente. Y si vivió y asumió el afuera, lo ha sufrido más por cuanto ha sentido este accidente de su condición como un obstáculo a su vocación más elevada, y esto no sólo a nivel de las palabras falaces sino en el vértigo de los movimientos de amargura que esta injusticia le imponía. Que estaba fuera -judío de *nombre impronunciable*, en la Europa del tiempo de guerra (y después), germano-parlante en París- le era recordado con frecuencia. Vuelvo a verlo una noche, cuando salíamos de la casa de Boris Scholoezes, de quien a menudo le había hablado y al que deseaba conocer. Había estado como distendido en un intercambio en el que se reformaban los imponderables de una cultura que fue casi la suya -los confines del pensamiento ruso, más pasión que aquí en la búsqueda del espíritu, más simpatía y acogimiento-, en todo caso, una vez en la calle, de repente, rompió en sollozos al recordar una difamación de la que muchos años antes había sido víctima y cuya herida yo creía borrada por el tiempo. Ahora bien, en cuanto a mí, yo recordaba la causa primera de esos ataques funestos de los que poco importa hoy el contenido. Pues había sido conmigo con quien había encontrado al anciano, también él exiliado y enfermo, que por mi parte yo ya no debía volver a ver, pero que él, Paul, no había dejado jamás de asistir con su afecto y sus cuidados para ver luego todo eso utilizado en su contra. Ese primer día, la indiferencia o la distracción lo hubieran salvado. Y sin duda la forma más duramente padecida de su exilio fue que, siendo judío, es decir, habitado por una palabra instauradora del *otro*, lanzándose del yo hacia el tú, le fue necesario vivir en la impersonalidad fundamental de las lenguas occidentales, que no piensan la encarnación más que en términos de paradoja y a partir de un libro prestado. ¡Terrible e insidiosa disparidad! Sabiendo nuestras lenguas describir hasta el infinito las cosas de la naturaleza, cuando



dependía ante todo de este espíritu del diálogo, Paul Celan fue llevado a creerse inepto para ver claramente, sin un velo en los ojos, el *martagón* y la *campánula*, como si el Dios bíblico, incluso allí en el desierto, incluso preocupado en primer lugar por el hombre, no hubiera dado un nombre a las especies. Era incluso una manera de ser despojado de sus propias palabras. Y como reacción, el yo y el tú, el yo y el yo, le eran absurdos hablando en él, conversando, mientras su bastón sonaba en la piedra. Sin embargo el encuentro seguía siendo su necesidad y hubiera sido su poder. Y en el intercambio con el que soñaba ni siquiera había la tempestad del desnudamiento recíproco o de la acusación profética. Su sonrisa, aunque a menudo ocultaba la afluencia de su memoria herida, era la ternura misma. Su gesto, sobre todo en los primeros años después de Viena, - en los tiempos de la habitación en la calle *des Écoles*, los restaurantes universitarios, la arcaica máquina de escribir con el peristilo del templo griego, del desnudamiento- tenía cierto abandono, y su cabeza un bello movimiento hacia la espalda, como para acompañar prolongadamente, a lo largo de las calles del verano y luego de vivas conversaciones nocturnas, al amigo que se deja por un día. Más tarde, sus arrebatos de desconfianza; sus sospechas de las que, una u otra vez nadie escapaba, no fueron más que el reverso desgarrado de esa necesidad de confianza; como bien lo probaba, después de la cólera, a veces injusta, la simplicidad afectiva de sus retornos. Y yo podría leer mejor sus poemas, estoy seguro de que encontraría detrás de los contornos más oscuros, de las aristas más abruptas, ese calor que sólo odia la soledad. Nada sería más falso que ver en su escritura elíptica, a pesar de esta sombra, a menudo de desapego y de ironía, un deseo de abandono, una voluntad de laconismo o el atarimamiento del discurso por la evidencia de cosas brutas. Es el instante existencial que significa su brevedad, cuando no se ahoga más que por exceso de palabra, angustia por no poder decir, cuando los incompatibles se afirman *-loado seas tú, Nadie-*; y esta crispación no habría sido más que la forma extrema y hasta tal punto eficaz, del deseo de comunicar.

Por otra parte, creo que en los últimos meses de su vida, la amargura tendía a disolverse -y en este caso se trataba de un logro de la poesía positiva y de un testimonio, en respuesta, sobre su obra que iba hacia su fin. En aquel entonces fui sorprendido por algo simple que había en él y una vez más encontraba,

indolente, al ser más abierto, reconciliable quizás, que había conocido a su llegada a Francia. Incluso cuando hablaba de los sufrimientos que le hacían padecer los medicamentos -le hacían penosa toda preparación de sus seminarios, toda concentración del pensamiento-, un lazo misterioso parecía unirlo al movimiento de la calle que en otras épocas había temido, y al color del cielo. Habíamos vuelto a hablar en varias ocasiones, y por primera vez, de viejas épocas en las que muchas cosas le eran posibles y en las que de hecho se decidió su vida. Incluso hicimos el proyecto de ir por un día a Tours, en donde antes de 1940 había comenzado a estudiar medicina a poco pasos de la calle en la que yo frecuentaba el liceo. Debimos habernos cruzado en los boulevares. A través de los años, nunca dejamos de evocar ocasionalmente la inasible figura de esos días anteriores a nuestro pasado en común, pero más bien era yo el que se refería a ella, pues se trataba de mi ciudad, él era ya la poesía; yo veía entonces que esta proximidad no significaba ningún aporte -lo cual, en realidad, no sabría decir hasta qué punto se debía al azar y a la tarea de abolirlo. Paul no volvió nunca a Tours y su rostro se iluminó cuando la intención tomó forma. El círculo de la existencia, que se cerraba bajo sus ojos volviéndose destino, le mostraba entonces, supongo, a partir de su fidelidad consigo mismo, al menos un resplandor, una parcela de sentido: el río luminoso mezclaba no obstante sus aguas con este otro cerca del cual acababa de alojarse, sin decidirse a amoblar el lugar con sus papeles y con sus libros. Sin embargo, quince días más tarde, en vísperas del pequeño viaje previsto, llovía torrencialmente y decidimos por teléfono postergar la partida para el mes siguiente. Luego de ésto realizó su última estadía en Alemania, y fue con esta impresión de paz, falsa de todas maneras, que lo ví por última vez. Lo dejé durante la noche, en la esquina de un boulevard en construcción, siniestro, sin sospechar que no habría continuación.

Traducción de E. G.